

hombro la bala y le indispuso aquella herida con todos los enemigos de su ministro. Cayeron éstos en bárbaro proceso. Todos ellos fueron enjaulados en la casa de fieras de Lisboa. Y al poco tiempo, fueron todos á una sin piedad ajusticiados. Doña Leonor de Tabora, dama principalísima, de mucha riqueza é ilustre familia, murió degollada; su hijo, un mozo imberbe, subió al patíbulo, medio muerto entre los brazos de los frailes. Algunos de los reos fueron puestos á tortura mucho antes de agarrotarlos. Desde las seis á las doce de la mañana duraron aquellos suplicios. Después, vino, tras un ligero entreacto, el marqués de Tabora, quien fué atormentado antes de ser completamente concluido é inmolado. El duque de Abeiro excedió á todos en esto de gritar y de quejarse, cuando le tiraban de las carnes y le rompían los huesos. El asesino, que disparó contra el Rey, entró en una hoguera, con cadena de hierro al cuerpo, que se enrogeció bien pronto, y con saco de pez al pescuezo. Los suplicios de la mañana duraron seis horas, y cuatro los suplicios de la tarde. Pero en aquellas diez horas murió la nobleza lusitana, ó sea, una institución, que contaba de vida once siglos.

Destruida la nobleza, necesitaba destruir el jesuitismo. A este fin, cortóle bajo las plantas la yerba, oponiéndose á sus manipulaciones rentísticas. Fundó, pues, una compañía llamada de los vinos en Oporto; y contra esta compañía se promovió un tumulto. Imputóselo á los jesuitas Pombal y expulsó del palacio á los tres confesores, que tenía el Rey, de tal orden. En seguida tiró á perderlos en Roma. Reos de lesa majestad, perturbadores del pueblo, á quien atemorizaban todos los días con vaticinios siniestros, enemigos del Rey á quien oprimían con pérfidos medios, explotadores usurarios de las colonias, no había más remedio que perseguirlos y castigarlos. Pombal sobornaba con arte á Roma para persuadirla de la imprescindible necesidad de sus medidas. Ya que la Orden estaba tan rica, intentó vencerla con sus mismas municiones, con el dinero. La corte romana recibió piezas varias de plata y oro labradas en París, porcelanas de Sajonia, diamantes recogidos en las tierras queridas de los jesuitas. A tales argumentos no había resistencia posible, y se nombró un cardenal encargado de reformarlos, el cual empezó por prohibirles todo ejercicio mercantil y concluyó por obligar al Patriarca de Lisboa con grandísimo empeño que los expulsara del confesonario y del púlpito. Pero en Roma, como Benedicto XIV había muerto, oponían resistencias invencibles á los intentos de Pombal, quien prescindiendo de los escrúpulos romanos, los envileció en la causa del regicidio y los hizo cómplices de la descabezada nobleza. Así, pedía, en cartas, á Roma, permiso para perseguirlos en justicia por depredadores, usurarios, mercaderes de mala fe, conjurados y regicidas. Con motivo de los conflictos surgidos en el Brasil y en el Paraguay descubrióse que los jesuitas eran los enemigos de las dos potencias metropolitanas, y los que tenían de tal suerte minados aquellos territorios que la soberanía de España y Portugal resultaba completamente ilusoria. Cumplir un tratado con los españoles respecto á

divisiones territoriales en aquellas apartadas tierras, le costó á Pombal muchos millones de libras. Así, un día, sin curarse de los escrúpulos de Clemente XIII, lanzó los jesuitas de su reino y los mandó á Italia. Aquel pueblo portugués, feudo antiguo de la Orden de Jesús, inició la expulsión universal, como para demostrar cuánto habían cambiado las fases del espíritu humano desde la mitad del siglo décimo-octavo en doscientos años. Los golpes dados al jesuitismo en Portugal, resonaron bien pronto en Francia. Un escándalo mercantil ocasionó su ruina en este reino, donde tan gran poder tuviera durante la segunda mitad del reinado de Luis XIV. La Compañía quebró por muchos millones de libras en sus relaciones mercantiles con Marsella. Pudiendo haber cubierto aquella enorme suma por sus inmensas riquezas en la Martiniea, prefirió valerse de sus influencias para evitar el pago á cumplir con los más rudimentarios deberes del honor y de la buena fe. El Parlamento, enemigo antiguo de la Orden, tronó contra ella, y exigió su disolución. Un refugio tan sólo podía quedarles en su angustia, la persona del Rey. Pero el Rey mismo se puso contra ellos por la influencia de Madame Pompadour, á quien habían duramente combatido. En tales incidencias menudeaban los libelos y demás escandalosas publicaciones contra la Orden. Y para defenderse la Orden, apelaba también á denostar, y á veces calumniar, á sus enemigos. Tal estado agitadoísimo de los espíritus traía una cruel guerra civil; y tal guerra civil embargaba mucho los ánimos de Francia. El Parlamento llegó á disponer que una pastoral del arzobispo de París en favor de los jesuitas fuese públicamente quemada por mano del verdugo. No había remedio. Estos acontecimientos determinaban la disolución del jesuitismo; y fué públicamente disuelto, é incorporados sus bienes á la corona de Francia.

Clemente XIII, á pesar de la general oposición, que levantaba la Compañía, empeñóse con temeridad verdadera en defenderla. Así por Enero de 1765, publicó temeraria bula, confirmándola, y defendiéndola contra todos sus enemigos. Semejante declaración cayó como una tea encendida sobre las pasiones encrespadas. Las Dos Sicilias prohibieron su publicación; Venecia la contestó con palabras ofensivas al Papa; la prohibió el gobernador de Milán á todo el Milanésado; los parlamentos franceses la maldijeron de todas suertes; y algunos entre todos ellos la quemaron públicamente; amenazó el arzobispo de Romans con excomuniones á quien la leyese y publicase; declaróla Portugal contraria en todo á las leyes del Reino; y un cordón sanitario, parecido á un cisma verdaderamente aterrador, aisló al mundo católico de la Roma jesuítica. Pero el golpe de gracia vino de España. Si el atentado contra el Rey don José determinó su expulsión de Portugal, el motín contra Esquilache determinó su expulsión de nuestra España. El Rey se había visto desoído por su pueblo; y no podía olvidar tal desacato, en el cual encontróse de manos á boca un día, con maniobras jesuíticas. El dos de Abril de 1767 se declaró abolida la Orden. Las autoridades, todas sin excepción, de nuestros vastos dominios, recibieron un pliego real, que

sólo podían abrir cierto día y á cierta hora. Este pliego les mandaba entrar en todos los conventos de jesuitas, apresar á los hermanos sin excepción alguna, y conducirlos al puerto más próximo para embarcarlos hacia Roma. No hubo excepción alguna. Millares de jesuitas, viejos y jóvenes, enfermos y sanos, fueron aglomerados en los buques oficiales, á guisa de mercadería negrera, sin decirles á dónde se dirigían, ni cuál era el término de su viaje. Tras muchos días de penosa navegación llegaron á Cevitavechia, que no quiso recibirlos, y los lanzó de su seno á cañonazos. De Civitavechia pasaron á Liorna, de Liorna a Génova, de Génova á Córcega, sin que nadie quisiera en su seno albergarlos y retenerlos, errando medio año seguido por mares y playas, á merced de las olas y de los vientos, presa de todos los dolores, de todas las angustias, de todas las enfermedades, de todas las miserias, que lleva consigo una larga navegación tormentosa, mucho más triste para espíritus conturbados y corazones abatidos por la contrariedad y la desgracia. El Papa Clemente XIII insistía en defenderlos; pero contra su insistencia estaba la inflexible resolución de todos los poderes monárquicos. Las Dos Sicilias expulsáronlos con la misma implacable frialdad que Carlos III de España. La orden de Malta siguió bien pronto al ejemplo de Sicilia. Parma tomó también medidas análogas. El Papa se irritó contra Parma y la probó y atormentó con disposiciones violentas y extremas. Tal determinación trajo una protesta general de las cortes católicas. El gobierno portugués pensó con gravedad en el cisma y su Rey en persona escribió varias cartas sobre materia tan peligrosa y candente. Pero quien puso mayores obstáculos á la política de transacción cordial de los jesuitas, representada por Clemente XIII, desde las alturas del trono pontificio, fué Carlos III. Él, y sólo él, recordó á los Reyes de Sicilia y de Francia el pacto de familia, y la necesidad en que estaban de socorrer al duque de Parma. Los Borbones aliados no se anduvieron por cierto en escrúpulos y componendas. A las bulas pontificias respondieron todos á una con la guerra y con las armas. Los Estados pontificios se vieron acometidos por las tropas aliadas. Clemente perdió en pocos días su dominio sobre Ponte Coreo, Benevento y Avignon. Tal guerra de sus hijos predilectos descorazonó al Papa, que sólo acertó á pedir desde aquel día nefasto reposo y olvido á la muerte. La muerte le oyó en efecto; y cayó sobre sus párpados pocos días después de tan terrible suceso; para que le sucediera Clemente XIV, llamado por el cielo á destruir la Orden de los jesuitas.

El jesuitismo estuvo en competencia y lucha siempre con las otras Ordenes religiosas. Los dominicos odiaron de antiguo á los jesuitas. Los franciscanos, representantes de tradiciones opuestas á las suyas, no fueron jamás devotos al jesuitismo. Un fraile de esta Orden ocupó el trono á mediados del siglo décimo-octavo y satisfizo el voto general de los reyes que pedían á una el exterminio de la Orden. Teólogo consumado, canonista experto, literato, sabio, Clemente XIV quiso ante todo la paz en la Iglesia, y entendió que no podía cumplirse tal deseo en modo alguno sin la disolución del jesuitismo. Por todas partes se

perpetraban atentados más ó menos reflexivos contra la célebre Compañía. María Teresa, que se negó á seguir el ejemplo de Carlos III, los disolvió y expulsó también á consecuencia de haber visto divulgados por ellos sus secretos de confesión. Parecía indispensable al Pontificado, ó caer en el cisma, ó renunciar al jesuitismo. Los milites de la célebre Compañía emplearon todas sus intrigas en detener y contrastar el golpe que les amagaba. Pero Clemente XIV iba camino de la supresión. Cuatro años pasaron en preparativos. Al fin comenzó á tentar el vado y á disponer medidas contra el jesuitismo espirante. A fines de Mayo en 1773, Clemente XIV, acompañado de un solo cardenal, se recluyó en retiro de penitencia y de silencio. Allí redactó la bula de supresión, firmada á 21 de Julio en aquel mismo año. Muchas angustias pasó antes de tomar tal resolución, pero la tomó deliberadamente y á conciencia, encontrando, después de tomada, en su ánimo, una perfecta serenidad. En 6 de Agosto, el Papa llamó un Consejo, que le ayudase para tal empresa; y el 16 de Agosto, las casas todas de la Orden fueron ocupadas por soldados; y el Papa negro, como le llaman los italianos, el general de los jesuitas, Ricci, fué á prisión reducido. Las dos de la mañana serían cuando se cumplieron todas estas disposiciones en el orden más silencioso y más completo. Las monarquías descansaron, pero los jesuitas por todas partes movieron contra Clemente XIV guerra universal. Terribles profecías escritas por ellos y diseminadas á los cuatro vientos anunciaban la muerte del Papa. Una tristeza enorme le sobrecogió; manchas cancerosas devoraban sus manos y su rostro; el escorbuto canceró su boca; la casualidad quiso que muriese al año y en el mismo día de haber aprisionado á Ricci. Todo el mundo creyó que los jesuitas le habían propinado un veneno. En vano sus médicos mostraron que la muerte había provenido de causas independientes de todo envenenamiento. El Papa mismo debió temerlo mucho, cuando el día de su muerte se hallaron al rededor de su cama todas las clases de antidotos conocidas. La Orden de los jesuitas cayó porque la contrariaba el espíritu de su siglo. Mas, reina una ley histórica mediante la cual, y bajo cuyo imperio, se repiten los hechos sociales en las circunstancias idénticas á distancia de tiempo y espacio con verdadera uniformidad. Todas las reacciones, tarde ó temprano, sucumben. Pero todas las reacciones vuelven y tienen su período más ó menos largo de restauración, precedente á la derrota definitiva y total. Las revoluciones pasan por un periodo de preparación, por un periodo de explosión, por un período de organización, por un período de reacción, por un período de solución. Nunca las soluciones definitivas llegan sino después de la reacción ó de la restauración. Consumada por los medios que antes hemos apuntado, la gran revolución derogatoria de la Orden jesuítica, vino un período de restauración. Lo mismo había sucedido en el siglo décimo sexto con la revolución religiosa. Después de Mulberga, cuando el Emperador se convirtió á las persecuciones religiosas, y Felipe II heredó la corona hispánica, y María la Sanguinaria contuvo el Protestantismo en Inglaterra, y Trento fundó

el poder absoluto de los Papas, y San Ignacio de Loyola organizó la Sociedad de Jesús, y Pontífices como Paulo III y IV, y como Gregorio XIII, como Pío y Sixto V reforzaron los principios tradicionales en el mundo, y la liga de Francia con los crueles Guisas á su cabeza organizaba el exterminio de los hugonotes, parecía que la revolución religiosa iba definitivamente á perderse, que la libertad de conciencia y examen iban á extinguirse, mientras Dios preparaba la victoria de Isabel en la gran Bretaña, la victoria de los Oranges en los Países Bajos, la victoria del Gran Gustavo en Alemania, la victoria de Enrique IV en el centro europeo, el Edicto de Nantes y la paz de Westfalia, bases definitivas de una nueva Europa. Pues lo mismo sucedió con la revolución británica del siglo décimo-séptimo; consecuencia inmediata de la revolución religiosa del siglo décimo sexto. Ricardo Cromwell, hijo del Protector, la vió málograda y perdida entre sus manos. El restaurador, el general Monk, trajo á la familia Estuardo lanzada del trono; y cuando parecía definitivo aquel estado de cosas, preparaba Dios en el silencio á los Oranges, los magistrados antiguos de la gran República holandesa, para que trajeran la definitiva solución revolucionaria conveniente á la nueva Inglaterra. Toda revolución lleva en su seno una restauración. Pero toda restauración es transitoria y fugaz, porque lo definitivo, lo estable, lo supremo, la solución se halla en los principios progresivos y revolucionarios. La grande revolución del siglo décimo-octavo, después de haber escrito los enciclopedistas, fué la expulsión de los jesuitas. Pero esta revolución debía tener sus restauraciones como todos los movimientos revolucionarios conocidos en la Historia del Viejo Mundo. Después de la expulsión vinieron las leyes josefinas que tanto daño causaron á la Iglesia, y después de las leyes josefinas vino la revolución francesa que tan lejos llevó los ideales humanos y con tanta energía imprimió en la conciencia universal del mundo moderno la idea de su derecho.

Pío VII subió al trono pontificio y con Pío VII vino la restauración. Comenzóse con prudencia ésta, por la confirmación de los jesuitas en Rusia establecidos. Siguió por la reinstalación de la Orden á ruegos del Rey Fernando en las Dos Sicilias. Y concluyó al mismo tiempo que comenzaba la reacción universal en España y en todas partes; el año catorce, verdadero precursor de la Santa Alianza, por Encíclica inolvidable, donde decía el Papa restaurador, que tras tantas amarguras, tras tantos dolores, creeríase culpado ante Dios y ante la humanidad, si al ver la barca de San Pedro combatida por tempestades tan horribles, dejase á la orilla y muy lejos á remeros como los jesuitas, indispensables todos ellos para cobrar el puerto. Y la restauración se consumó. Y no sólo se consumó la restauración material, sino que prevaleció en pleno siglo nuestro el espíritu jesuítico y ultramontano, cual jamás había prevalecido en período alguno de la historia. El Pontífice, mejor dicho, el Pontificado, apareció en los cielos tempestuosos de la Europa reaccionaria, como la estrella que conducía en guisa de sangriento cometa los Reyes

magos del Oriente, no á ofrecer holocaustos y presentes á la cuna de la redentora libertad sita en París, la ciudad revolucionaria por excelencia, sino á destruirla y destrozarla. El representante de aquel que abatió á los poderosos y exaltó á los humildes, púsose airado en todas partes contra la democracia, esencialmente revolucionaria, es verdad, pero también esencialmente cristiana. Gregorio XVI protestó contra la Constitución de Bélgica, monumento sublime del derecho moderno levantado para consagrar la emancipación de un pueblo católico del yugo de un pueblo protestante. Y no sólo anatematizó la Constitución de Bélgica, sino que se opuso al régimen constitucional en toda la península ibérica, y fomentó la guerra civil con implacable crueldad en los dos pueblos predilectos de la Iglesia católica. Nada más que un relámpago de lisonjera y engañosa esperanza fué la veledad célebre de Pío IX á favor del espíritu moderno. Bien pronto los últimos ejércitos de la Santa Alianza surgieron como nubes tormentosas del ocaso en la campaña romana, y restauraron para breve tiempo el poder material de los Papas. Y entonces, entonces, el bárbaro ultramontano, creyendo cosa fácil restaurar la teocracia en el Universo, dióse á todos sus ensueños de reacción. Bendijo al protervo asesino de la República en la noche del 2 de Diciembre, y fué cómplice del entierro de Venecia, de Milán, de Hungría, de Polonia, ciudades y naciones católicas. Y luego, declaró el dogma de la Purísima Concepción, absorbiendo en el Pontificado la Iglesia Universal, y si reunió el Concilio Vaticano, reuniólo como los Césares antiguos reunían el Senado, para que lo declarase por medio de apoteosis pagana, un verdadero Dios. Así, el Pontificado reaccionario y ultramontano, llegó en este nuestro siglo al furor demente del antiguo cesarismo idólatra, en sus terribles y nefastas postrimerías. Pero creedlo, esta restauración tendrá la suerte misma que todas las restauraciones sociales. El carácter dado por la escuela jesuítica triunfante al Catolicismo contemporáneo, es un carácter tal de intolerancia estrecha, que se asfixia en su seno el alma humana como se asfixian nuestros pulmones bajo la campana de una máquina neumática. El jesuitismo lo rechaza todo en guisa de la religión mahometana que se ha quedado para el temperamento de ciertas razas y para la geografía de ciertas regiones por su exclusivismo intolerante. Excomulga todo el espíritu moderno con todas sus instituciones y toda la filosofía moderna con sus varios y múltiples sistemas. La conciencia prestada por el jesuitismo á la Iglesia es como un mar muerto en cuyo seno ponzoñoso no desagua manantial ninguno de ideas vivas. A la verdad no sucedió esto en los primeros tiempos de la Iglesia, cuando la sociedad y la conciencia cristiana recibían á una todo el semitismo de los profetas hebreos y todo el helenismo de los filósofos griegos. La Biblia, libro compuesto por la raza que produjera los verdugos de Jesús, ha pasado toda sin excepción al nuevo dogma. La Trinidad proveniente de la India, concebida con mayor latitud más tarde por Platón y comentada por los judíos alejandrinos, ha entrado como la Biblia misma en los senos del Evangelio. El mesianismo, aquella